

## EL HÉROE.

¿Cómo puede ser así? ningún sonido ha despedido el eje, ni veo elevarse nube alguna de polvo, ni he resentido choque alguno, aunque al tocar la tierra debe el carro haber experimentado un rebote.... ¿Y en qué parte de la montaña mora el divino anacoreta?

EL GUIA, indicando con el dedo el punto que designa.

Allí, en aquel páramo adusto, se ofrecerá á vuestra vista un piadoso solitario que mira el disco radiante del sol de hito en hito, en una inmovilidad completa, medio sumergido el cuerpo en un túmulo de arena que en torno hacinan y sin recelo las innumerables hormigas, ceñidos los lomos con la horrosa piel de una sierpe en vez del cordon bramánico, llevando por collar los entrelazados ramos de espinosos arbustos, y ocultando en su cana cabellera, que en parte se eleva en forma de haz sobre su cabeza y en parte flota inculta en sus anchas espaldas, una multitud de pájaros que confiantes construyeron sus nidos en la cabeza del santo varon como en un árbol copudo.

DUCHMANTA, contemplándolo con una especie de terror religioso.

¡Llor al sér capaz de entregarse á tamañas austeridades!

EL GUIA, parando el carro.

Príncipe, ya hemos llegado á la ermita del inmortal Canúa.

(Bajan ambos del carro.)

## EL GUIA.

Por aquí, gran rey, por aquí. Admirad esta tierra sagrada, teatro de los piadosos ejercicios y ascética devocion de los santos solitarios.

## EL HÉROE.

Mi admiracion despierta menos la vista de este venerable asilo que la idea de los piadosos varones que moran en soledad á la vez tan adusta y tan amena. Al contemplar á esos puros espíritus incesantemente ocupados de meditaciones pias y absortos en la mas sublime beatitud, á la sombra de esos árboles inmortales; al contemplar á esos seres sobrehumanos afanosos en purificarse con el agua cristalina y brillante del áureo polvo que pródigo desgrana el sacro nenúfar, sublimados en éxtasis radiante en el seno de estas grutas silenciosas adornados par la misma naturaleza de centellantes rocas, no puedo menos de exclamar: « Sí, en esta morada habita la santa felicidad. »

Al bajar á un soto que rodea el sagrado asilo, apercibe el héroe á un niño que juega con varios leoncillos de desgredada melena, á pesar de las amonestaciones de dos doncellas que se esfuerzan en disuadirlo de semejante recreo. El magnánimo Duchmanta contempla este infante, sin sospechar que sea el fruto de su union con Sacúntala, refugiado y criado, como su madre, en el monasterio.

« ¡Qué veo! » esclama el monarca, « no parece ser dócil en demasia ese infante que despliega ya el

vigor de un hombre, y en vano se esfuerzan en reducirlo á la razon esas dos doncellas. ¿Es acaso ilusion de mis ojos?... con nerviosa mano arranca uno de los cachorros de la leona, mal que le pese á la madre que lo amamanta con su leche.

EL INFANTE, sonriendo.

Vamos á ver, leoncillo, abre bien la boca para que pueda yo contar tus dientes.

(Las mugeres continuan riendo al niño.)

UNA DE LAS MUGERES.

¿Acabarás de una vez, ruin alhaja, de atormentar á esos pobres animales que respiran como nosotros bajo la proteccion de nuestro divino Gurú? Tu genio discolo no respira mas que guerras y combates.

EL HÉROE.

Es cosa extraordinaria : mi corazon se enternece al ver á esta criatura como si fuera mi propia sangre. (Despues de un momento de reflexion.) Pero ¡ ay de mí ! no tengo hijo... pensamiento cruel que contribuye á agoviar y derretir mi corazon.

UNA DE LAS MUGERES.

Pero mira que la leona furiosa te va á hacer añicos si no le vuelves su cachorro.

EL INFANTE, risueño y con ironía.

¡ Ah ! ¿ de veras?... ¡ Y qué miedo tengo !

(Se muerde el labio.)

EL HÉROE, lleno de admiracion.

Este niño hace brillar á mis ojos el gérmen de

una grandeza heróica, como una chispa que revela un incendio.

LA PRIMERA MUGER.

Ven acá, hijo mio : este juguete es para tí si dejas al leoncillo.

EL INFANTE.

Dámelo, y ya veremos.

(Extiende sus manitas.)

DUCHMANTA, considerando la palma de su mano.

¡ Oh prodigio ! en sus manos veo distintamente las misteriosas señales que del modo mas infalible pronostican la soberanía real ; mis ojos contemplan ávidos esas líneas entrelazadas ligeramente en forma de red sobre sus delicados dedos, mientras que los extiende para coger el objeto que apetece. Tal así revela el lotos el precioso tesoro que su seno encierra, al entreabrir su corola para recibir los rayos del sol, cuando de topacio y grano tiñe la aurora el azulado firmamento.

LA OTRA MUGER.

Querida Laura, te engañas si te figuras que puedes engatusar á este nene con palabras... Ve á mi cabaña, y en ella encontrarás un pavo real de barro, pintado con toda perfeccion ; tómalo y vuelve cuanto antes.

LAURA.

Voy corriendo. (Sale.)

EL INFANTE.

Y yo entretanto continuaré divirtiéndome con este leoncillo de melena tan desgreñada.

LA SEGUNDA MUGER, mirándolo y sonriendo.

¿Quieres dejarlo en paz?

DUCHMANTA.

¡Cuanto me encanta la indocilidad de ese muchacho travieso! (Suspirando.) ¡Ah! ¡mil veces dichosos los padres, cuando, al levantar en sus brazos al querido infante que anhela arrojarse en su seno, pueden contemplar, al través su graciosa sonrisa, la deslumbrante blancura de sus dientes puros como candidas flores, y prestar un oído complaciente á su inocente locuela formada de palabras medio articuladas!

El héroe se informa del nacimiento de este niño, cuya fuerza y arrojo recuerdan al famoso Rustam, el Hércules de la India. Una de las mugeres le dice que es hijo de una ninfa refugiada en aquel asilo.

«¿Quién es su padre?» pregunta ansioso el héroe. «Si pronunciase, responde la nodriza, el nombre del infame que no temió abandonar á su virtuosa consorte, temeria manchar mis labios.

«¡Oh dioses!» esclama el sin ventura Duchmanta; tal es mi propia historia.

Nuevos signos le revelan que el niño que tiene á la vista es su hijo.

Al mismo tiempo se muestra Sacúntala, á quien la nodriza trasmite las preguntas del desconocido, informándole al mismo tiempo del enagenamiento que su sér entero avasalla al apretar en sus brazos al infante. A la vista de la madre se disipan com-

pletamente las tinieblas que empañaban la inteligencia del héroe quien renoce á su esposa.

DUCHMANTA.

¿Es Sacúntala la que á mi vista se ofrece? ¿Es Sacúntala la que diviso en traje de luto, abrasados los párpados por lágrimas urentes, desprovistos de todo adorno los cabellos y reunidos en una sola trenza, en señal de viudez? ¿Qué tributo de afecion parece aun pagar al bárbaro que la condenó al abandono y la angustia!

SACUNTALA, aparte, despues de haber mirado algunos instantes al rey que parece devorado por el mas profundo remordimiento.

Si no es ese desconocido mi regio esposo, ¿quién podria así profanar por su contacto á mi hijo, á pesar del encanto que lo protege?

EL INFANTE, corriendo á su madre.

Mamá, este hombre me manda como si fuese su propio hijo.

DUCHMANTA.

Querida Sacúntala, muy cruel he sido para contigo; pero si pudieses leer en mi corazon, verias que el mas tierno afecto y el mas sincero pesar han sucedido á mi horrible ingratitud. No te niegues á reconocer por tu esposo al infeliz que abrumba el peso de lo pasado, y cuyo corazon hacen sangrar los remordimientos.

SACUNTALA, aparte.

¡Cobra aliento, oh pecho mio! El destino irritado hace tanto tiempo con tí, por fin se aplaca y se

compadece de la pobre Sacúntala. Sí, este es mi regio consorte.

DUCHMANTA.

Libre de las odiosas tinieblas que mi razon oscurecieron y velaron mi memoria, puedo por fin reconocerte y embriagarme contemplándote, oh la mas bella de las mugeres. Tal así, al salir de un eclipse profundo, el astro rutilante vuelve á encontrarse con su querida Rohini, y ambos confunden sus plateados rayos.

SACUNTALA.

¡Pueda la victoria...!

(Sofocada por las lágrimas no puede acabar.)

DUCHMANTA.

Cesa de palpar, mi querida Sacúntala, que cumplido será tu voto. Sí, no titubeo en vaticinar mi triunfo por esa púdica frente despojada de todo adorno, y esa noble palidez que ha reemplazado la púrpura coralina de esos divinos labios.

EL INFANTE.

Mamá, ¿quién es este desconocido?

SACUNTALA, llorando.

¡Pobre criatura! preguntáselo al hado.

DUCHMANTA.

¿Temes acaso ser abandonada de nuevo por tu desventurado amante? Arroja fuera de tu corazon tan cruel pensamiento, y acusa tan solo á la inconcebible locura que trastornó mis potencias.

Si celages espesos su entendimiento ofuscan, si

tinieblas opacas envuelven su sér entero, ¿qué uso puede hacer el hombre de su razon? Tal azorado el ciego, arroja la corona de flores con la cual ornó su cabeza una mano amiga, que juzga el desgraciado horrorosa serpiente.

(Cae á sus piés.)

SACUNTALA.

Levántate, esposo mio, levántate; que, por mas desventurada que haya sido, en este momento supera mi jubilo á todos los tormentos que torcieron mi alma, pues mi regio consorte se digna apiadarse de la pobre Sacúntala. (Levántase el rey) ¿Pero cómo pudo la imágen de tu abatida esposa brotar de nuevo en tu pecho?

DUCHMANTA.

Querida Sacúntala, ya te contaré esta aventura; pero aguarda que llegue á cerrarse la herida anchurosa de mi corazon que sangre aun brota; por ahora déjame enjugar esa lágrima que tiembla en tus párpados. Así pudieran disiparse mis remordimientos.

(Enjuga con delicadeza la lágrima.)

SACUNTALA, echando en este momento los ojos en el anillo del rey.

¡Qué veo! ¡El fatal anillo que me hizo perder mi infausta suerte!

DUCHMANTA.

Sí, este es el anillo perdido, hallado de un modo milagroso, y al cual se hallaba anexa mi memoria, dependiendo de su hallazgo el recuerdo de lo pasado.

SACUNTALA.

¡Cuán precioso lo reputo, pues á tan preciosa joya debo haber recuperado la confianza de mi esposo y soberano!

DUCHMANTA.

Pues bien, que brille de nuevo en tu dedo, como la fragante y lozana flor con que la primavera engalana el verde tallo de la tímida planta.

SACUNTALA.

No, que no me atrevo á fiarme á talisman semejante, cuya posesion pertenece de derecho al monarca mi esposo.

CANUA, mirando alternativamente al padre, la madre y al hijo.

Virtuosa Sacúntala, noble infante, príncipe magnánimo, grupo ameno que representa la fidelidad, la fortuna y el poder, mis ojos no se sacian de contemplaros.

DUCHMANTA.

¡Omnipotente divinidad! el hombre se ve reducido á formar, durante un período larguísimo de tiempo, ardientes votos antes de obtener la posesion del objeto deseado; pero, en el exceso de vuestra bondad, os habeis dignado prevenir mi anhelo. La flor anuncia el fruto, y las nubes preceden á la lluvia fecundante ó al cristalino rocío; pero por una feliz excepcion, antes del mas ligero indicio, me he sentido colmado de todos los dones de la fortuna.

UN RELIGIOSO.

Príncipe, de este modo dispensan los dioses sus beneficios.

DUCHMANTA.

¿Acaso merecía yo favores semejantes, cuando despues de haber tomado una esposa legítima segun los ritos que nuestra religion impone, la abandoné, efecto de un oscurecimiento completo de la memoria? ¿Cómo pudo ser acreedor á proteccion tan insignie un miserable que rechazó y despidió inhumanamente á su esposa cuando vino en compañía de los santos ermitaños, cometiendo así la mayor tropelia que puede concebir la mente, tanto contra esa desdichada criatura, como contra su venerable padre adoptivo? Y no obstante la simple vista de esta sortija ha bastado para volverme la memoria, haciendo retonar en mi mente las menores circunstancias de mi enlace y el modo indigno como traté á Sacúntala. Toda mi conducta pasada me deja completamente atónito, y no puedo menos de compararme á un hombre que, despues de aberse negado obstinadamente á reconocer un elefante cuya mole enorme en vano vendria á impresionar su vista, se dejaria ulteriormente convencer por la inspeccion de las enormes huellas del coloso.

CANUA.

Cesa, hijo mio, de atribuirte un crimen ageno de tu voluntad y efecto de un hechizo irresistible. Has de saber, desventurado amante, que apenas regre-

saba Menaca con la acongojada Sacúntala y la confiaba á los cuidados de la tierna Aditi, cuando me reveló mi meditacion interior que toda tu conducta para con la mas virtuosa de las mugeres era obra de la imprecacion lanzada contra esta inocente victima por el irascible Durvasa, y que solo á la vista del anillo podia romperse el encanto.

DUCHMANTA, suspirando con consuelo.

¡ Ah! respiro en fin libre del peso de mis remordimientos.

SACUNTALA.

¡ Dioses! ¿ será cierto que mi esposo y soberano me despidió involuntariamente de su seno, incapaz de reconocermé en aquel entonces?... Necesariamente debió ser fulminada contra mí esa imprecacion cuando mi alma entera se hallaba concentrada en el objeto de mi amor, y solo mis compañeras debieron haberla oido, pues ahora me acuerdo de las palabras que me dijeron al despedirse: « Si el rey se negase á reconocerte, no tienes mas que mostrarle su anillo. » ¡ Ay! ¿ porqué no les hice entonces algunas preguntas que me hubieran aclarado sobre mi situacion?... ¿ Pero acaso estaba en mi poder hacerlo?... Mi lengua debia hallarse encadenada por la imprecacion del formidable Durvasa.

CANUA, dirigiéndose á Sacúntala.

Hija mia, ahora que te consta la verdad por entero, no debes guardar el menor resentimiento contra un amante de quien nunca hubieras tenido que

quejarte si hubiese conservado siempre su libre albedrío.

Solo á la imprecacion que le hizo perder la memoria debes atribuir el tratamiento injurioso que de tu rey y esposo recibistes, y cuando quedó roto el encanto, volvistes á dominar su corazon. Tal un espejo empañado cesa de reflejar los objetos que de nuevo y al vivo representa, apenas se disipa el vapor que empañaba su superficie.

DUCHMANTA.

Sí, esa es la expresion fiel de todo lo que ha pasado en mi alma.

CANUA.

Hijo mio, ¿ has abrazado á ese amable sér que te ha dado Sacúntala, y cuyo nacimiento he celebrado yo mismo con las ceremonias que requiere la ley?

DUCHMANTA.

¡ Divinidad bienhechora! en este favor insigne veo una prenda segura de la perpetuidad é ilustracion de mi raza.

CANUA.

Sabe pues que tu hijo está destinado á ser un dia por su valor dueño del mundo entero... Sí, dentro de algunos años este infante será un héroe que, volando sobre los mares en un carro rápido que apenas cortará la onda, conquistará las siete islas de que se compone la tierra, difundiendo por doquier una nombradía clarísima; y, bajo el nombre de Barata, llegará á ser celeberrimo en la memoria